

Zenobia y Juan Ramón desde su primavera eterna

Carmen Hernández Pinzón

Publicación	Torre de los Lujanes, n.º 71
Fecha	Madrid, diciembre de 2017
Páginas originales	91-98
Tipo documental	Artículo biográfico y literario
ISSN	1136-4343
Identificador	TDL-71-2017-091-098

RESUMEN DOCUMENTAL

Evocación biográfica y literaria de la relación entre Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez. El texto recorre su encuentro, su vínculo afectivo e intelectual, el trabajo de Zenobia como traductora, organizadora y sostén de la obra del poeta, y las dificultades del exilio. La autora subraya que la colaboración entre ambos fue decisiva para la trayectoria creativa y vital de Juan Ramón, especialmente durante los años de enfermedad y desarraigo. La muerte de Zenobia y la concesión casi simultánea del Premio Nobel aparecen como culminación trágica de una vida compartida, reconocida por el propio poeta al atribuir a su esposa una parte esencial del galardón.

PALABRAS CLAVE

Zenobia Camprubí · Juan Ramón Jiménez · exilio · poesía · biografía · Premio Nobel

CITA BIBLIOGRÁFICA

Carmen Hernández Pinzón. "Zenobia y Juan Ramón desde su primavera eterna". Torre de los Lujanes, n.º 71, 2017, pp. 91-98. ISSN 1136-4343.

Nota: el resumen y las palabras clave son descriptores documentales generados para facilitar la búsqueda y no sustituyen un resumen firmado por el autor.



ZENOBIA Y JUAN RAMÓN DESDE SU PRIMAVERA ETERNA

Carmen HERNÁNDEZ PINZÓN

A través de su fría y solitaria habitación, llena de tristezas, poemas y libros, una inesperada risa de mujer lo sacó de sus ensoñaciones.

Era como una ráfaga de aire fresco, una ola de su añorado mar que llenó su horizonte durante toda su infancia de niño tímido y retraído.

Nunca había escuchado algo tan alegre, jovial y enérgico y, de pronto, notó henchirse su corazón y una sacudida en su alma. Quería, necesitaba conocer a la dueña de esa risa, esa mujer que con sólo unas carcajadas le había traspasado su alma y su corazón.

Pronto se produjo el ansiado encuentro y el poeta sintió que un rayo de amor e ilusión traspasaba su pecho.

Esbelta y sonriente, con tu cabello de oro partido y tus infinitos ojos azules, bajas a mí de no sé dónde. Parece que, en los instantes en que no he pensado en ti, tú te has ido a una nube, a una cima, al sol o a las estrellas para mirarme mejor.

¡Oh!, cómo, al elevarme, te encuentro! ¡Cómo entra en mi pecho un viento azul que viene del mar entre los laureles brillantes, en la brisa fresca que viene del cielo sobre las penumbras pacíficas y románticas del crepúsculo!

Ella, sin ser la más hermosa de las mujeres, era el ideal que buscaba, vio en aquel ser con nombre extraño, Zenobia, todo lo que ansiaba. Podría ser su complemento de vida y de obra y, cautivado por su carisma y simpatía, quedó rendido a sus muchos encantos.

Zenobia, a su vez, sintió una enorme atracción por aquella persona tan especial. Nunca había conocido a un ser como él y ansió tratarlo más profundamente y llegar a conocer la riqueza de su alma. Pero nunca imaginó que, pasados los días, la oposición de su familia y un carácter, tan opuesto al suyo, iban a provocarle rechazo y complicar la relación.

Él, en cambio, no pudo sacarla ya de su ser, sus ansias de eternidad, reflejadas en su obra, le hicieron ver que ella sería, sin duda, su amor eterno.

¡Bendito sea todo lo que me ha hecho conocerte!





HERNÁNDEZ PINZÓN

Y, entre poemas y cartas, supo que con el tiempo llegaría a ablandar su corazón y conquistar su alma.

Usted sabe que no es posible querer más y mejor que como yo la quiero a usted, que soy un “perfecto enamorado”, que este amor es de esos que se hacen eternos, que podía servir de ejemplo al mundo».

La conquista no iba a ser nada fácil y Juan Ramón tuvo que emplear todas sus dotes amorosas, que siempre le habían funcionado con las mujeres, pero esta vez era diferente. Zenobia, mujer de carácter fuerte, práctica y con sus ideas muy claras, no iba a ser una presa fácil y su rechazo y obstinación en alejarlo de su lado, eran para él como un imán del que no podía apartarse.

... Sólo usted me atrae, como un imán a una aguja

Toda mi pasión, toda mi voluntad, todo mi entusiasmo se estrellarán de nuevo contra esa frágil sonrisa de usted, imán de mi corazón y ácido de mi dulzura.

Sus trabajos conjuntos en la traducción de autores como Shakespeare, Tagore y otros, le permitían al vate tenerla siempre cerca y sus tiernas palabras, las promesas de amor eterno y los versos que siempre le dedicaba, acabaron por doblegar la voluntad de su amada.

Ella comprendió que su afición literaria no la iba a llevar a parte alguna, como mujer inteligente que era, y que él y su obra serían el principal objetivo de su vida. Podía encauzar su poesía y vida literaria y, gracias a ella, dirigirla hacia una poesía más pura, más simple y libre, la anterior no le gustaba y veía que sus últimos libros eran demasiado sensuales y carnales para su gusto. Años más tarde el propio poeta lo reconocería:

¡Cuánto vales, Zenobia mía, que yo no merezco más que porque sé como nadie lo que vales en cualquier sentido! Para mí has sido revelación de lo mejor y en mis libros está esa revelación por todas partes. No hay más que leer lo que escribía luego y antes de conocerte.

Como un loco enamorado, toda su obra se llena de ella, de versos que adornaban el idilio. Por ella era capaz de todo y por su amor cruzó el océano. Esa travesía marcaría un antes y un después en su obra y el la poesía en general. El mar y el amor le traen el **Diario de un poeta recién casado**, y nunca un poemario cambiaría tanto los caminos de una nueva poesía y del decir poético.

Te quiero locamente y tú me dices que me quieres. ¡Qué cosa tan breve, tan inocente, tan pura! Tú y yo, esto es, dos almas buenas, nobles, claras, puras, se quieren para siempre. Valía la pena el mundo si sólo hubiera sido hecho para esto, Zenobia mía.



CARMEN

Tenía que llegar a América y casarse con ella, no podía dejar a la mujer que le había cambiado su vida y llenado de amor. Y las promesas que ambos se hicieron quedarían selladas más allá de su vida, incluso de su muerte.

Aunque nos muramos, ya viejos, los dos, el impulso espiritual de nuestro amor vivirá siempre en el mundo, como una flor inmortal que volviera cada primavera.

Yo quiero que, en el porvenir, nos unan a los dos en nuestros libros. Así viviremos “aquí” siempre. ¿No te da esto alegría, di? Que el nombre tuyo y el mío se fundan en la boca que los pronuncie, cuando ya no existamos en esta vida, ¿verdad?

Le diría el poeta.

Y Zenobia:

Yo procuraré siempre ser una buena mujer para ti, con lo cual quiero decir todo lo que en mí quepa de útil para ti, para ayudarte a ser valiente, para no ser una carga y para empujarte siempre para arriba en todo lo que alcancen nuestras almas. Quiero que te refugies en mí contra toda desilusión y contra lo mediocre y mezquino de la vida.

Después de unir sus vidas, un frío dos de marzo en New York, comenzaría su andadura vital, llena de trabajos variados. Juan Ramón volcado en su obra propia y en las traducciones conjuntas y ella, mujer muy adelantada a su época y muy activa, llena de actividades de todo tipo. Unas encaminadas a conseguir derechos para la mujer y otras para lograr nuevos ingresos para su hogar.

La imparable inquietud de Zenobia hizo que se incorporara a las asociaciones más avanzadas y que luchaban conseguir una vida mejor para las mujeres a través del estudio, algo antes impensable, el trabajo fuera de casa y los viajes al extranjero.

Ella misma realizó muchos viajes y sin su marido, lo que en aquella época era algo extraordinario, pero aquella pareja no la formaban dos personas al uso, ni entendían el matrimonio como los demás, sino que formaban una sociedad, basada en el amor, pero también en el trabajo de ambos y en la realización personal de cada uno. El poeta nunca buscó una esposa, él siempre quiso una compañera y con ella compartía todas sus aficiones, incluso la ayudaba en sus tareas profesionales. Colaboraba con ella en los alquileres de los pisos y la ayudaba en las necesidades de su tienda de artesanía, Arte Popular Español.

Sus vidas en los primeros años de matrimonio fueron vertiginosas y ricas en trabajos y actividades. Aparte de ello, su casa se convirtió en un continuo ir y venir de personas de todo tipo y por supuesto, múltiples amigos entre los que se encontraban los más destacados en las diferentes artes: poetas, pintores, filósofos, médicos etc., todos querían que el poeta los recibiera y gozar de su charla y enseñanzas.





HERNÁNDEZ PINZÓN

Toda esta actividad se truncó por la guerra civil. Esa guerra fratricida todo lo arrasó, y pese a los muchos años ya transcurridos y de no haberla sufrido gran parte de los españoles actuales, muchas de las heridas causadas aún siguen abiertas. Si esas heridas siguen sangrando muchos años después, es fácil imaginar la dramática situación de todos aquellos que la vivieron y la sufrieron, dentro de España, o como exiliados.

El exilio que supone una ruptura entre el ser y su lugar de origen, según indica Edward Said, trae como resultado un extrañamiento de la persona consigo misma y un sentimiento perpetuo de nostalgia. Esto es así, como explica Simone Weil, porque “el tener raíces, el pertenecer a un sitio, es quizás la más importante y menos reconocida necesidad del alma humana”. Cuando uno se exilia, se produce como una pérdida, un empobrecimiento, o hasta una mutilación de la persona. La persona se desangra. El yo siente como rota y fragmentada su propia naturaleza psicosocial y su participación en los sistemas de signos en que descansa la vida cotidiana, como manifestaba Claudio Guillén. Hay quienes piensan y han llegado a decir que el exilio es incluso peor que la muerte.

Esto no iba a ser menos para una persona como Juan Ramón Jiménez, que vivía ya en España en un casi exilio interior, pues desde que el gran Rubén Darío, con gran acierto, le dijera: “Usted va por dentro”, para el poeta aquello se convirtió en un lema de su vida y de su obra, como él mismo dijo “Aquello fue para mí como un epivitafo¹”. Por ello, en varias ocasiones afirmó que su vida podría resumirse en la siguiente frase de Tomás de Kempis, extraída de su libro *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo*: «Si miras lo que eres dentro de ti mismo, no tendrás cuidado de lo que de ti digan los demás hombres»². Desde ese momento nuestro Nobel fue creciendo y cultivando su yo interior, que lo llevó en su poesía y en su vida a lo más elevado, y esa interiorización de vida y obra, lo encaminaba a lo que para él era su destino la búsqueda del infinito. Y, también, a buscar a Dios en sí mismo, el dios inmanente del que él nos hablaba y que escribía con minúsculas, por ser el dios que se encuentra en el ser humano. El Nobel indagaba dentro de sí mismo, para desde allí alcanzar ese Dios deseado y deseante, del que siempre habló y que dejó reflejado en la obra que lleva ese mismo título y donde la poesía de Juan Ramón alcanza sus cotas más trascendente y elevadas. En esta obra y el extraordinario poema *Espacio*, surgido de ese exilio interior y exterior y emanado de las experiencias en estos lugares, y en consonancia con el tiempo y el espacio que lo circunda, el Nobel, el poeta, se encuentra en el centro de sí mismo, en lo más íntimo de su conciencia y es allí donde encuentra su propio dios y puede iniciar ese viaje al centro de sí mismo, de su propia conciencia y establecer ese diálogo interno que leemos en *Espacio*.

Pero esto no significa que el poeta, como le han criticado muchos, estuviera aislado de lo circundante, de los acontecimientos del día a día, o viviera en una torre de marfil.

1 “epivitafo” es un neologismo introducido por Juan Ramón y se refiere a un epitafio dedicado a una persona aún viva.

2 Frase traducida por JRJ y conservada en la SZJRJ, J-I, Vida, 418.





CARMEN

Y aunque tanto se ha dicho de mi torre de marfil, yo siempre me reí de ella y hace ya mucho tiempo que dije, como definición estética mía “azotea abierta”. Alto y para todos³.

Es curioso observar cómo, hasta en sus peores momentos, vivió su propia realidad, y esto nunca dejó de ser así. Y por vivir intensamente esa realidad, el triste día a día del exilio, se convirtió en un alma en pena, lo llevó a vivir en un constante peregrinar nostálgico. Su hipersensibilidad y su tristeza no le dejaban vivir, pues siempre se sintió enormemente arraigado a su tierra, a su familia y a sus gentes. Y aunque nos dejó escrito: Que *las alas arraiguen y las raíces vuelen*, él nunca lo consiguió y Zenobia tuvo que ir tirando de él, por diferentes lugares: New York, Cuba, Washington, Miami, Maryland, Argentina, Uruguay, Puerto Rico etc., a la vez que se sucedían ingresos en diferentes clínicas y hospitales psiquiátricos. El poeta necesitaba encontrar, de nuevo, su identidad que creía perdida, no en vano había escrito muchas veces frases similares a esta:

Desearía estar en España, aquí me siento otro. En realidad, no estoy aquí.

¿Cómo estarán los chopos en España! No sé vivir fuera de lo mío, lo nuestro. Esta vida provisional me seca.

Estoy muerto. Estoy desterrado.

Y este destierro era en su caso mucho más grave por sentirse desterrado de su lengua, “deslenguado” como él solía decir, sin su lengua, su herramienta de trabajo, sentía que su decir, su escribir, no podría ser perfecto, como él se exigía a sí mismo. Esta pérdida del idioma le producía un enorme malestar, lo hacía sentir mutilado, incompleto y se convirtió en otra de sus obsesiones constantes en su largo peregrinar por estas tierras americanas.

Cuando yo estaba en España- decía- creía que los españoles que conocía allí hablaban español. No lo dudaba, no necesitaba diferenciarlos, Hoy creo que ningún español de los que conozco fuera de España habla español, español, español, el español que yo voy perdiendo. ¿Qué extraño! /.../ Como el español es un organismo libre, y vive, y muere y se transforma constantemente, el español que se venga hablando en España, desde el año 1936, en que yo la dejé, habrá cambiado en doce años, tendrá doce años más o doce menos, según y conforme.

Si yo fuese a España ahora, seguramente hablaría, hablaría y oiría, con duda primero, luego, un español diferente del que estoy hablando. ¿Yo extraño o el español extraño! Igual yo que esos judíos que he oído hablar por aquí, que hablan todavía el español del siglo XV; ¿Qué extraño!

³ Carta a José Luis Cano escrita el 10 de octubre desde Riverdale en 1949 y publicada en Cartas. Antología (edición de Francisco Garfías), Madrid, Austral, 1991, pp. 303-304.



HERNÁNDEZ PINZÓN

*En todo caso, mi español se ha detenido, hace doce años, en mí. Yo supongo, no lo sé ya tampoco, que hablo como hace doce años. Desconfío de mí ahora y desconfío ahora de lo que leo ahora en español en España y fuera de España.
¡Y quiero recordar, pensar, criticar el español, los españoles, ya no sé lo que leo, lo que hablo ni lo que escribo!*

Esta obsesión por no querer contaminar su lengua le hizo no querer hablar el inglés y esto acrecentaba ese exilio interior y lo alejaba de sus semejantes.

Pero a pesar de que la pena y la nostalgia se convirtieron para siempre en fieles compañeras de vida y de obra, algo inseparable de su vida, sin embargo se fue enriqueciendo de lo que el entorno de cada tiempo le daba. “Cada uno de mis libros han surgido de su lugar y de su hora”.

Siempre supo nutrir su obra de la contemplación del espacio y del tiempo que lo circundaba. La naturaleza, las flores, que fueron una constante en su vida y su obra, como lo fueron la Mujer, la obra y la muerte, lo envuelve tan en ella, se confunde tanto con ella, que volveremos a ver cómo, en esta tierra, escribe poemas en los que se confunde de tal forma con el entorno, que nos recuerda a poemas de épocas anteriores, que reflejaban esas mismas sensaciones y emociones, como es el caso del poema:

“El Otoñado”

*Estoy completo de naturaleza,
en plena tarde de áurea madurez,
alto viento en lo verde traspasado.*

*Rico fruto recóndito, contengo
lo grande elemental en mí (la tierra,
el fuego, el agua, el aire), el infinito.*

*Chorreo luz: doro el lugar oscuro,
trasmito olor: la sombra huele a dios,
emano son: lo amplio es honda música
filtro sabor: la mole bebe mi alma,
deleito el tacto de la soledad.*

*Soy tesoro supremo, desasido
con densa redondez de limpio iris,
del seno de la acción. Y lo soy todo
Lo todo que es el colmo de la nada,
el todo que se basta y que es servido
de lo que todavía es ambición.*





CARMEN

Y sigue conjugando, viviendo el exilio interior y exterior, sin olvidar nunca su Patria, su Matria, palabra más bella y que pocos autores han usado.

La patria es madre e hija al mismo tiempo. Ella nos crea y nos cría, y nosotros la hacemos y la conservamos con las manos de nuestro sentir, nuestro pensar y nuestro querer.

Aunque también abraza unos conceptos propios para la patria mucho más íntimo y propios a su ser, como cuando dice:

Patria es hoy, para mí, el lugar donde se tiene o se encuentra el verdadero amor. O también: Mi patria imperdible soy yo y ella depende de mí como mi obra. Por eso la repienso tan hermosa

Y verdaderamente Juan Ramón, a pesar de ese rico exilio interior que lo va nutriendo y elevando a espacios casi inalcanzables, su exilio exterior, lo completa como poeta y como hombre y ambos exilios van conjugándose y esto queda patente en sus escritos en esta y otras tierras. Y la única vía que encuentra para sentirse pleno, es enriqueciendo ese mundo interior y de esa forma llegar a lo más elevado. Así lo vieron muchas personas que lo trataron, y como Nilita Vientós dijo:

Aunque ha viajado por distintos países, no ha vivido más que en uno, el de su mundo interior, en el que no existe el tiempo, ni la fantasía (espacio), sólo existe la belleza, un mundo en el que lo material y lo espiritual se confunden, en que las alas arraigan y las raíces vuelan.

Durante su vida en común tuvieron muchas dificultades, la delicada salud del poeta y de Zenobia, el exilio, las dificultades económicas etc., no hicieron fácil su existencia, pero ella, con su gran inteligencia, supo hacer que sus vidas fueran lo más gratas posibles. Y Juan Ramón se refugió en ella, porque en ella todo lo tenía:

¡Yo que me recluí en ti para todo y tú me bastabas! Así, cuando no te tengo, todo me falta. Tú eres amor y eres madre, hermana, hija, amiga: todo.

Zenobia fue quien lo sostuvo, lo mantuvo vivo en su triste exilio. Antes y después fue faro y guía del poeta, la luz que él necesitaba para poder vivir y respirar. Nadie puede pensar hoy día que la frase de M^a Teresa León hacia Zenobia: “Prefirió vivir junto al fuego y ser la sombra”, pueda obedecer a la realidad, a su realidad. Sólo por ella y gracias a ella pudo llegar a lo más alto, a lo más sublime, a conseguir el Nobel.

Se habían entregado el uno al otro de tal forma que como Zenobia le decía;

Tú no me pareces otra persona sino yo misma.

Los dos nos hicimos el uno al otro de nuevo y nuestro amor ha sido mejor en la vejez que nunca.

Sus palabras al recibir el Nobel fueron dedicadas a ella:





HERNÁNDEZ PINZÓN

Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio. Su compañía su ayuda, su inspiración de cuarenta años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas.

Zenobia fue siempre su luz Sin ella, él ni pudo ni quiso vivir y en su último libro “**De Ríos que se van**”, escrito por ella y para ella, expresa ese deseo de eternidad con ella:

*Cuando esté con las raíces,
llámame tú con tu voz
Me parecerá que entra
temblando la luz del sol».*

BIBLIOGRAFIA

Said, Edward. *Reflections on exile and other essays*. Massachusets: Harvard University Press, 2000.

Weil, Simone. *The Need for Roots* (1949) Trad. A.F. Wills. New York: Routledge, 1995

Jiménez, Juan Ramón: *Ideología (1897-1957)*. (Metamorfosis, IV). Libro inédito. Reconstrucción, estudio y notas de Antonio Sánchez Romeralo. Barcelona, Anthropos, (noviembre) 1990.

Jiménez, Juan Ramón: *Monumento de Amor*. Edición M^a Jesús Domínguez Sío. Residencia de Estudiantes. 2017.

Jiménez, Juan Ramón: *Poesías últimas escojidas (1918-1958)*. Edición, prólogo y notas de Antonio Sánchez Romeralo. Madrid, Espasa-Calpe, (10 mayo de) 1982. Colección «Selecciones Austral».

